

binete, respondió confuso Volney, pero no puede serlo en una tempestad." (1)

278. „Si á estas conversiones públicas añadimos las que han pasado en el secreto de las familias, las que han experimentado los moribundos en el silencio de su conciencia, y las que se han obrado en otros, durante aquellos momentos en que ya no han podido articular palabra, ¿cuántos sabios quedarán, que hayan permanecido en el filosofismo hasta el último instante de su vida? Apenas uno ú otro.”

279. „En efecto, nunca mas sincero ni equitativo el hombre, que en presencia de la muerte: por que entónces la prolongada borrasca de las pasiones ha cesado, el tumulto de los intereses ha desaparecido, el prestigio de las escenas de la vida social se ha disipado, y el impulso del orgullo casi ya no se hace sentir. Sobreviene una gran calma, en que la voz unánime de la razon y de la conciencia resuenan formidablemente.”

280. „Si pues el ateo tuviese en realidad la persuacion que afecta, si estuviese de buena fe, si hablase á los otros como á él hablan el corazon y el espíritu; le oiríamos sin duda exhalar con seguridad sus últimos suspiros en el seno del filosofismo, como vemos al hombre religioso derramar con entera confianza, ante el símbolo de su fe, las últimas gotas del caliz de la vida.” (2)

(1) *Le Memorial catholique. Núm. d' oct. 1824.*

(2) *La Religion constatée universellement á l'aide des sciences et de l'érudition modernes, t. 1.º pág. 402, 414.*

281. Hemos examinado el Ateismo en sus causas y en sus efectos, y expuesto algunas consideraciones importantes sobre los caractéres de los ateos. Lo dicho basta para prevenirse fuertemente contra el uno y los otros, y afirmarse mas y mas en la creencia de un Dios. Sin embargo, en un punto de tan alta gerarquía no es justo limitarnos á este solo género de argumentos: pasemos pues adelante, y entremos en las pruebas directas de la existencia de Dios.

CAPITULO SEGUNDO.

Pruebas directas de la existencia de Dios.

282. Para tratar metódicamente esta materia, conviene fijar de antemano las ideas que deben formarse del *ente contingente* y del *ente necesario*. Supuesta ya la noción que dimos en la Ontología sobre el *ente* en general, dirémos ahora, que por *ente contingente* debe entenderse cualquiera *ser* que pudo no haber existido y que puede dejar de existir; y por *ente necesario*, aquel que indispensablemente ha de haber existido siempre, y que nunca puede dejar de existir. Sentados estos principios, debemos reducirnos á desenvolver en el presente capítulo el siguiente raciocinio por el mismo orden con que se presentan las proposiciones que ponemos á continuacion.

1.º El hombre y todos los objetos que hai en la naturaleza son *entes contingentes*.

2.º La existencia de los *entes contingentes* supone la existencia de un *ente necesario*.

3.º Este *ente necesario* es espíritu, único é infinitamente perfecto.

ARTICULO PRIMERO.

El hombre y todos los objetos que hai en la naturaleza son entes contingentes.

283. Esta proposicion es tan evidente, que no necesita de prueba. Todos los hombres, como la experiencia misma lo enseña, han tenido, principio y tienen término, han nacido y han de morir. Antes de su nacimiento y despues de su muerte no existen; y como de un hecho como este se deduce su posibilidad, resulta que el hombre es un *ser* que pudo no haber existido, como no existió de hecho ántes de su nacimiento, y que puede dejar de existir, como deja de existir en efecto despues de su muerte. El hombre pues, es un *ente contingente*.

284. Fuera del hombre se ofrecen á nuestra investigacion todos los objetos de la naturaleza. En esta no vemos otra cosa que el *reino animal* y la materia inorgánica. Al primero conviene perfectamente la demostracion que precede, puesto que el bruto está sujeto, como el hombre, á las mismas leyes del nacimiento y la muerte. La cuestion, pues, debe reducirse ya, segun esto, á la materia inorgánica. ¿Qué diremos de ella? Ha tenido un principio: por consiguiente, ántes de este principio no existia: este hecho funda la posibilidad. ¿Hubo un tiempo en que la materia no existiese? Luego se puede concebir que no existe: luego pudo no haber existido, y puede dejar de existir. Admitida la creacion de la materia, es indispensable reconocer que ella es contingente: los mismos ateos lo han reconocido así. De aquí el empeño que han tenido siempre

en sostener que la materia es eterna. Nuestro deber en este caso consiste pues en demostrar la creacion, asunto mui vasto, sobre el cual se ha escrito mucho. Sin embargo, preferirémos un simple racionio. Para sostener que la materia es eterna, seria necesario partir de uno de tres supuestos; decir por ejemplo, que ha sido ella causa de sí misma, ó que no ha tenido causa ninguna, ó que existe necesariamente. ¿En cual de estas tres proposiciones se encuentra la verdad? ¿Dirémos que la materia es causa de sí misma? Supondrémos que no ha tenido causa ninguna? Pero ¿en qué podríamos fundarnos para sostener estas ridículas paradojas? Suponer que la materia se dió á sí misma la existencia es aventurar una contradiccion palpable, ora por que criar es una obra activa, hija de la Omnipotencia, é incompatible por tanto con la esencial inercia de la materia; ora por que ser causa de sí misma, equivale á ser primera y postrera de sí misma, hipótesis grosera, y cuyo absurdo por ser tan palpable, haria superfluo el trabajo de una demostracion impugnativa. ¿Dirémos que no ha tenido causa ninguna? Para esto seria preciso sostener que es necesaria, es decir, pasar por el mayor absurdo. Lo que es necesario no puede concebirse sin existir; y yo puedo concebir mui bien que deje de existir una piedra, v. g., una mies, una montaña. „Ese guijarro, dice Chateaubriand, que movéis bajo «uestros pies, no existe necesariamente, puesto que «le podéis concebir mui bien, ó anonadado ó transformado en otra especie, sin que por esto resulte «ningun cambio en el universo.” La materia, pues, no existe necesariamente: si así fuera, la existencia

sería una cualidad esencial suya; siendo una cualidad esencial, la tendrían igualmente todos los cuerpos; y así como si no pudiera concebirse como no existente la materia en general, tampoco podría yo concebir como no existiendo un cuerpo particular; así también, siendo claro que puedo concebir muy bien un cuerpo determinado, dejando de existir; puedo concebir en general toda la materia, destituida de la existencia. Esta, pues, no es esencial á la materia, y por tanto la materia no existe necesariamente.

285, Probado que la materia no existe necesariamente, está demostrado el absurdo, con que podría suponerse que fuera eterna. Yo no puedo concebir una cosa eterna sin concebir una existencia necesaria. Los mismos que han sostenido la eternidad de la materia han dado por razon capital, *que de la nada, nada puede hacerse*, y que pues la materia existe, siempre ha de haber existido, por que no son capaces de comprender cómo de la nada pudo haber salido alguna cosa. Ellos pues suponen la materia eterna, por que suponen su existencia necesaria, y suponen su existencia necesaria por la evidencia del principio repetidísimo, *que de la nada no puede hacerse nada*. Este principio es muy cierto, mas no para inferir de aquí el que Dios no haya podido sacar al mundo de la nada. Cuando presentamos á Dios por causa del mundo, y para expresar el acto de la creacion, decimos que Dios lo sacó de la nada, no queremos dar á entender que se sirvió de la nada, como de una materia ó instrumento para formar el mundo: por que sabemos muy bien que esta palabra *nada* es una expresion negativa, no corresponde á ninguna idea

positiva, no significa ningun objeto, y en consecuencia no puede representar algo que sirva de instrumento ó de materia para formar una cosa. Lo que entendemos y todo el mundo entiende es que Dios por un acto de su voluntad suprema hizo que existiera lo que ántes no existia.

286. ¿Qué inconveniente hai en esto? Acaso la circunstancia de que no podemos comprender este acto sublime de la Omnipotencia? „El no saber como haya podido hacerse una cosa, dice Feller, no es buena razon para decir que no se ha hecho. Para esto sería necesario probar que la idea de la creacion es repugnante y contradictoria. Pruébbenoslo así los filósofos y entónces nos adherirémos á su dictámen: pruébbenos igualmente que es imposible que Dios sea Criador: no lo harán; seguro es. Los que admiten la idea de Dios y niegan la creacion, por que no pueden comprender cómo una cosa nazca ó dimane de la nada y principie á existir, no ven la inconsecuencia de sus principios. ¿Cuántas cosas hai que no comprenden, y sin embargo las admiten? ¿por ventura comprenden con mas claridad qué sea materia eterna, existente é inerte y que por toda una eternidad está esperando que Dios la comunique accion y movimiento? ¿quién la puso allí en la eternidad? ¿comprenden mejor, qué cosa sea esa fecundidad tan maravillosa, tan constante y uniforme, dada á la materia para producir las semillas, sin las cuales eternamente habria sido incapaz de producir cosa alguna? La formacion y fecundidad de estas semillas, siempre renacientes de su propio seno, que forman esa variedad casi infinita de seres y de pro-

ducciones, ¿es mas fácil de concebirse, que la creacion? ¿comprenden mejor la creacion de los espíritus y sustancias espirituales, que la de la materia? Por que no hai medio: ó han de decir que no hai sustancias espirituales, ó que han sido criadas, ó que son eternas como Dios. Decir que no las hai, es contarse en el número de aquellos, á quienes los antiguos llamaban *piara de Epicuro: Epicuri de grege porcus*. Estos sentimientos no tienen cabida en el hombre, sino en los momentos en que goza de unos placeres los mas groseros, y que justísimamente condena la razon. Decir que son eternas é increadas, seria decir al mismo tiempo, que eran independientes de Dios; por que en efecto, ¿qué autoridad tendrá Dios sobre unas sustancias eternas como él, y que ni para ser, existir, pensar, querer, ni discurrir, habian tenido necesidad de él? Decir que han sido criadas es obligarse á confesar lo mismo de la materia." (1)

ARTICULO SEGUNDO.

La existencia de los entes contingentes supone la existencia de un ente necesario.

287. Para demostrar esta verdad, no necesitamos otra cosa, que recordar aquí algunas de las nociones breves que dimos en la Ontología sobre la causa y el efecto. Allí vimos que no se da efecto sin causa: primero, por que siendo el efecto y la causa dos cosas realmente distintas, claro es que la una no es el otro; segundo, por que llamándose efecto cual-

(1) *Cath. philos.*

quiera cosa producida por otra, y causa, la cosa que produce, es claro que donde hai produccion hai una cosa producida, y por consiguiente, la existencia de una cosa producida supone la existencia de una cosa productora. Ahora bien: ¿el ente contingente es una cosa producida? O convenimos en esto, ó decimos que ha tenido una existencia necesaria. *Ente contingente* y existencia necesaria son dos ideas que se excluyen; por que la segunda consiste nada ménos que en la circunstancia de no haber podido, ni poder nunca dejar de ser, al paso que lo contingente consiste en haber podido y poder dejar de ser. El *ente contingente* es pues una produccion, una cosa que ha sido hecha, que ha tenido un principio: siendo esto así, supone la existencia de una cosa productora que lo haya hecho, que le haya dado principio; y como esta cosa productora es distinta de la cosa producida, y la cosa producida es un *ente contingente*, es claro que la cosa productora no será un *ente contingente*: es así que fuera del *ente contingente* solo hai el *ente necesario*; luego la existencia de los entes contingentes supone la existencia de un ente necesario. Apliquemos estas ideas, para darles mayor claridad, al hombre y á la naturaleza física.

PUNTO PRIMERO.

El hombre ha sido hecho por el ente necesario.

288. O el hombre ha sido hecho por el *ente necesario*, ó por el *ente contingente*. Esto segundo no puede sostenerse. Los entes contingentes que conocemos por la razon están reducidos al hombre y á

la materia: veamos pues como ni esta ni aquel pueden llamarse causa del hombre. La materia no es activa, luego nada puede criar; la materia no es capaz de pensamiento; ménos lo será pues de producir una alma que piensa: luego la materia no ha podido ser la causa del hombre.

289. ¿Lo será el hombre mismo? ¡Ah! ¡Éjos de poder criar nada, ni aun es capaz de conservar siquiera las débiles obras que han salido de sus manos: no es pues necesario, á vista de esta observacion, que se le pruebe que la creacion excede á sus fuerzas. Con sus palabras, con sus ideas, con sus producciones diversas hace á cada paso mil revelaciones de su limitacion y de su nada. El dominio que sobre él ejerce la adversidad y el dolor, la impotencia en que se halla muchas veces para realizar sus deseos, la muerte en fin, cuya proximidad le hace estremecer; todo esto es una voz elocuente, una solemne confesion, de que no es él su propia causa. No es él el único ser inteligente en el universo, por que si lo fuera, es claro que nada existiria, ni el universo, ni él mismo. „Si el fuera, dice Bossuet, el «único inteligente, seria indispensable convenir en «que su inteligencia imperfecta no dejaria de existir «por sí misma, y por consiguiente de ser eterna, «independiente de todo lo demas, cosa que ningun «hombre tendria el atrevimiento de pensar nunca por «mas loco que fuese.” Hai pues, un ser superior al hombre, puesto que ha hecho al hombre mismo, y he aquí como hemos llegado felizmente á esta grande verdad, que nos revela la existencia de un primer ser, fuente de toda existencia, causa y razon

de cuanto vive, de cuanto ha dejado ya de existir, y de todo lo que se contiene en la region de lo posible.

290. Por otra parte, cuando buscamos la causa del hombre, claro es, que no nos referimos á un hombre en particular, sino á la especie toda. Ya vemos que en las generaciones hai una sucesion ordenada; que podemos remontarnos del Hijo al Padre, del Padre al Abuelo &.^a&.^a; pero esta línea no es infinita; por que si lo fuese, el primer hombre no hubiera sido contingente, habria tenido una existencia necesaria, por este solo hecho no hubiera podido morir, y de consiguiente, claro es que aun existiria. Si, pues, todas estas generaciones tienen un principio comun; si hai un primer Padre en la especie humana, cosa que nos vemos estrechados á reconocer por una ilacion forzosa de los mas urgentes racionios; si este primer hombre fué contingente, como lo hemos demostrado; si en el hecho de serlo, tuvo una causa; si esta causa no pudo haber sido él mismo ni la materia, que son los únicos entes contingentes que conocemos por la razon; y si fuera del ente contingente solo existe el ente necesario; claro es, que un ente contingente no pudo haber sido la causa del hombre.

291. Pero qué, ¿fuera del hombre y la materia no hai en la esfera de los posibles otro ente contingente? Si lo hai; y de hecho podemos concebir la posibilidad de otros mundos y de otros entes; pero de aquí nada resulta, que debilite la fuerza de nuestro racionio. La experiencia constante nos enseña que todo nace segun su especie; y examinando los motivos de

este hecho, vemos que lo que se propaga naturalmente no excede para nada los límites de sus cualidades constitutivas. La especie humana produce hombres, la especie animal produce animales, la especie vegetal produce vegetales. Alguna vez la naturaleza sorprende es cierto y burla nuestra expectativa con la producción de algunos monstruos que parece no tienen especie determinada. Pero no nos engañemos: un monstruo nada contiene que no exista fundamentalmente en su causa: v. g. un monstruo que resulta de un parto saldrá á luz sin la vida animal; pero siempre será una porción de materia mal organizada, y por consiguiente, todo lo que tiene ha salido de su causa. Una fruta de ingerto parece una nueva especie; pero no es mas que una especie modificada, un objeto compuesto de dos causas que se combinan: nada tiene que no exista en su causa comun. De aquí resulta que ninguna especie, cualquiera que sea, puede nacer de otra extraña del todo á sus principios constitutivos. En este caso se halla el hombre. Para que su especie hubiera provenido de otra que nada tuviese de comun con ella, habria sido preciso que la especie productora hubiese sacado al hombre de la nada: pero tal supuesto es inadmisibile en un *ente contingente*. Es mas fácil conservar lo que existe, que sacar de la nada una cosa que no existe: es así que ningun *ente contingente* tiene esencialmente este poder conservador, como la razon lo persuade y la experiencia lo acredita, luego ménos tendrá el poder criador. Criar es pues un atributo exclusivo del *ente necesario*; y por lo mismo, este y no un *ente contingente* ha de haber sido por necesidad la primera

causa del hombre.

292. Si de aquí pasamos al exámen particular de su constitucion física y de las cualidades esenciales de su alma; si entramos en los pormenores de sus instintos y propensiones, de sus deseos y de sus sentimientos; nada vemos en él, que no nos vaya conduciendo de racionio en racionio hasta el *ente necesario*, fuente de todo cuanto se admira en la misteriosa union del alma y el cuerpo humano. Cuando deduzcamos de la naturaleza del hombre la existencia de su fin, tendremos ocasion de notar cómo este mismo argumento, que nos persuade nuestro fin, vale con mayoría de razon, para demostrarnos la existencia y naturaleza perfectísima de una primera causa.

293. Pero entretanto, busquemos el origen de esos torcedores terribles, que experimenta la conciencia por consecuencia de los crímenes. Sucede que los hechos mas ocultos, sabidos solo del delincuente, quien por lo mismo no tiene motivo alguno de temer en el órden temporal, le atormentan sin embargo y consumen con una fuerza y continuidad irresistible. ¿De dónde vienen pues tales sentimientos? ¿De un empeño caprichoso que tenga el hombre de mortificarse á sí mismo? Absurdo es este, que todo el mundo palpa, y que no debemos por tanto combatir. ¿Serán obra de la casualidad? Para creerlo así, seria necesario suponer que la casualidad fuese algun *ente* ó que pudiera darse un efecto sin causa. ¿Quién produce, pues, estos sentimientos? ¿Por qué las delicias de la virtud, los tormentos del vicio y el pavor de la muerte? Hai sin duda una regla de conducta en cada uno de nosotros, hai un sentimiento de las acciones

que practicamos: hai un juicio que compara la accion con la lei y descubre por consiguiente si esta es ó nó, conforme con aquella. Esta lei la reconoce cada uno en el fondo de su alma, es una misma para todos. ¿Quién ha dado esta lei? ¿Cada uno se la ha impuesto á sí mismo? No: por que si así fuera, ni seria una misma para todos, ni habria para que afligirse tanto, cuando se infringe. ¿Algun hombre la ha impuesto á los demas? Tampoco: ó este legislador es uno de los que viven, ó uno de los que han muerto ya: si lo primero, ¿quién impuso la lei á las generaciones pasadas? Si lo segundo, ¿por qué motivo atormentarse tanto, cuando ya el legislador está en el sepulcro? No perdamos el tiempo en ridículas suposiciones: esta lei supone la existencia de un legislador; y este legislador abarca lo existente y lo posible, registra de una mirada todos los crímenes y las virtudes, domina igualmente lo presente, lo pasado y lo futuro, es del tiempo y de la eternidad. Estos sentimientos nos descubren á Dios.

PUNTO SEGUNDO.

La existencia y las modificaciones de la materia no pueden explicarse sin recurrir á la existencia del ente necesario.

294. El argumento de que nos servimos en el punto anterior, puede aplicarse á la existencia de la materia. Para no multiplicar pues las pruebas, reduciremos este punto á dos consideraciones importantes: al movimiento de la materia y el espectáculo de la naturaleza física.

295. Esa multitud innumerable de objetos que componen el universo visible nos ofrece entre otras maravillas el espectáculo continuo de un concertado movimiento. ¿Quién hace mover esas moles inmensas que giran sobre nosotros? ¿Dónde está la mano que agita la materia inerte y obliga á los mundos á cruzar por el espacio? Negad la existencia de Dios; y el origen verdadero de este movimiento se convertirá muy pronto en un caos impenetrable, en un manantial perenne de contradicciones. La materia es inerte, es incapaz en lo absoluto de darse á sí misma el movimiento. Hablando de la espiritualidad del alma, indicámos este hecho: tiempo es ahora de probarlo, para deducir del movimiento de la materia la existencia de una primera causa motriz. Oigamos á Rousseau.

296. „Yo veo, dice, á la materia ya en movimiento, ya en quietud, de donde infero que no le es esencial el uno ni la otra; es decir, ni el movimiento ni la quietud. Siendo pues el movimiento una accion, por necesidad es efecto de alguna causa, cuya ausencia es la quietud. Cuando ninguna cosa obra sobre la materia, ella no se mueve; y así, «por lo mismo que es indiferente á la quietud y al movimiento, su estado natural es estar en reposo, inaccion ó quietud.» Despues de haber distinguido el movimiento pasivo y comunicado por otro, del voluntario y espontáneo, añade estas notables palabras: (1) „Concebir la materia como productora del movimiento, es claramente concebir un efecto sin

(1) *Emile*, t. 3, pág. 43, ed. de 1762.